

AZORÍN Y GINER DE LOS RÍOS

Azorín and Giner de los Ríos

Laureano ROBLES
Universidad de Salamanca

Fecha de aceptación de originales: Mayo de 1997.
Biblid. [0212-0267 (1997) 16; 475-505]

NADIE, que yo sepa, se ha ocupado hasta hoy de las relaciones entre Azorín y Giner de los Ríos. Quiero llamar la atención sobre ello a propósito de dos cartas que escribiera Azorín a Giner, así como una serie de artículos que le consagrara. No conocemos las que pudieron cruzarse, como tampoco tenemos demasiadas noticias de las entrevistas y contactos humanos que hubo entre ellos. La escasez de datos no es óbice, sin embargo, que nos impida hablar sobre la amistad, el trato, la admiración e incluso el influjo ejercido por Giner en el talante de Azorín.

Por Azorín sabemos que Giner solía escribirle cada vez que le obsequiaba con un ejemplar de los libros que iba publicando; en cuyas cartas Giner no se limitaba a darle las gracias, como mero acto de cortesía, sino también a señalarle algunos matices, precisiones o puntos de vista a tener en cuenta.

Por la correspondencia de Azorín con Ortega y Gasset tenemos noticia de algunas de las cartas que Giner escribiera a Azorín. El 26 de marzo de 1912 le diría Azorín a Ortega: «Su carta y otra de D. Francisco Giner me llenan de alegría»¹. Se trata de la que le escribiera dos días antes, el 24 de marzo, para agradecerle el envío de *Lecturas Españolas* (doc. 3); carta dada a conocer por el propio Azorín en la segunda edición de la obra *España* (1920). El lector podrá constatar, leyendo la carta, que Giner, apenas recibió el ejemplar de Azorín, ya de noche, no lo dejó sino al nacer el alba. Como es sabido, *Lecturas españolas* es una obra formada por un conjunto de artículos, publicados con anterioridad en el ABC y en *La Vanguardia*, de Barcelona.

Entre 1912-15 se nota en Azorín una mengua de sus escritos políticos, para entrar en la revisión de los valores literarios de España. El 30 de julio de 1910 Azorín había publicado su último artículo en el *Diario de Barcelona* bajo el título «La raíz del mal», para pasarse a *La Vanguardia*, publicando en ella su primera colaboración el 30 de agosto: «Don Fernando de Castro».

¹ Cf. ROBLES, L.: *Azorín-Ortega, o la amistad discrepante*, Carta 3 de próxima aparición.

En la carta citada Giner deja caer, como quien no dice nada, su proyección intelectual, que sólo los grandes maestros están capacitados para hacer: «¿Por qué no haber escogido en el *Epílogo* las excelentes cosas que ha sembrado usted en sus episodios contra el trágico amor a la «grandeza» exterior, a expensas de la más íntima miseria en las cosas del alma como en las del cuerpo, que desde los Reyes Católicos nos viene hundiendo hasta el abismo de estupidez desalmada de Marruecos?». Que Azorín tuvo en cuenta el consejo que le diera Giner lo prueba el que publicara su carta años más tarde, en 1920, y cuanto escribe a continuación de la misma.

El 3 de noviembre de 1912 Azorín volvió de nuevo a escribir a Ortega: Acabo de recibir una hermosa carta de Giner, a quien tanto quiero («...elegías sin metro —o más bien sin rima»)². Esta vez, sin embargo, al no tener su texto nos vemos privados de su contenido.

En otra posterior que Azorín escribiera a Ortega, 14 de marzo de 1915, leemos: «Ya le diría a V. Alberto Jiménez (con ocasión de lo de Giner) lo que ha habido recientemente»³. Ignoramos a qué puede referirse. Intuyo, sólo intuyo, que Ortega le pedía a Azorín que escribiese para *España* una semblanza sobre Giner. Venía insistiendo a Azorín que escribiera en ella, tal vez algunas biografías sobre los españoles más notables del momento.

De lo dicho deduzco que Giner escribió a Azorín por lo menos cuatro cartas: 1) ante 7-X-1909; 2) ante 13-IV-1910; 3) 24-III-1912; y 4) ante 3-XI-1912; cartas que nos hubiera aclarado lo que intento decir en este breve ensayo.

Las dos cartas que hoy publicamos de Azorín a Giner son, por tanto, contestación a las dos que Giner le escribiera con anterioridad. Se hallan los originales en la Real Academia de la Historia, a cuyos archiveros agradezco la ayuda prestada.

Las cartas de Giner a Azorín fueron algo más que pura cortesía. Al escribirle procuró siempre poner su pincelada orientativa, de viejo maestro: «¿Cómo han de molestarme sus observaciones, que yo tanto estimo?» (doc. 1). Giner, sin duda, había llamado la atención a Azorín sobre el estilo bronco de su periodismo, aconsejándole más ponderación y ecuanimidad. Consejos que Azorín asume, no sin decirle a Giner, que, en esto, sigue el viejo consejo monástico, repetido por Gracián, el de actuar: *fortiter in re, suaviter in modo*. «Dentro de poco —termina la carta— le enviaré a V. un nuevo libro. Lo titulo España, y es una colección de paisajes y semblanzas de Castilla y otras regiones españolas».

Como es sabido, el libro de Azorín, *España*, no es sino una recopilación de artículos publicados con anterioridad, entre 1905-1909, en *Blanco y Negro* y en el *Diario de Barcelona*. Coinciden estos años con el fervor maurista de Azorín; otro de cuyos ejemplares, por cierto, «primorosamente encuadernado», remitió también a don Antonio Maura⁴.

Conviene no olvidar que unos meses antes había tenido lugar la tristemente célebre Semana Trágica de Barcelona (26 de julio de 1909), y, que, tres días después de que Azorín escribiera la carta, el 13 de octubre, se llevaba a cabo el fusilamiento de Francisco Ferrer y Guardia.

¹ Cf. ROBLES, L.: *Azorín-Ortega, o la amistad discrepante*, Carta 3 de próxima aparición.

² Idem., Carta 10.

³ Idem., Carta 35.

⁴ Cf. ROBLES, L.: *Azorín y los Mauras*. Carta 34, de próxima aparición también.

1. La escuela «neutral»

La segunda carta que publicamos, contestación a otra de Giner que ignoramos, está relacionada, sin duda, con algunas precisiones que el viejo maestro le hizo a Azorín a propósito del tema de la enseñanza: «Todas sus observaciones son para mí dignas de consideración y de respeto. En lo de la enseñanza «neutral» tengo cada vez ideas más timoratas, fijas, y si se quiere, «dogmáticas».

Se venía discutiendo acaloradamente, en el Congreso de los Diputados, el tema docente: ¿escuela «neutral», o escuela «confesional»? Tema éste —entre los escritos de Azorín— aún no estudiado en profundidad, y que merece la pena ser analizado un día, muy especialmente los escritos que señalamos (doc. 2).

Azorín, comprometido con el Partido conservador maurista e ideólogo a su servicio, dedicó toda su energía a la defensa de la educación confesional y católica, base de la tradición española, según él. Frente a quienes sostenían la defensa de una formación en pro de la Escuela *neutra*, en la que sólo se instruyese y formase a la juventud desde el punto de vista técnico, para el ejercicio profesional, Azorín sostendrá que no es lo mismo *instruir* que *educar*: que no hay educación sin moral, y que la base moral estriba en una educación con principios éticos. Una escuela laica y atea es el fermento de los futuros revolucionarios. La sociedad, viene a decir Azorín, necesita algo más que mera formación científica. «La educación ha de tener por base la moral». La escuela *neutra* desarrolla y fomenta el individualismo; va directamente contra la solidaridad social; mata el patriotismo. La escuela debe ser una prolongación de la familia, y, por tanto, educativa. Pero, no hay educación sin moral, ni moral sin religión. De ahí, que, la escuela no pueda ser *neutral*.

Tal vendría a ser, en síntesis, la postura azoriniana. Como complemento permítaseme publicar aquí la carta que Azorín le dirigiera a don Antonio Maura, el 25 de agosto de 1910, en la que le expone, al Jefe del Partido conservador, las ideas y líneas de acción. Dice así:

«JUNTA DE ICONOGRAFÍA NACIONAL

Excmo. Sr. D. Antonio Maura⁵.

Mi ilustre y querido jefe: ante todo mi felicitación cordialísima por su total restablecimiento⁶.

No se si habrá tenido usted noticias de la campaña que vengo haciendo en *ABC*. Gira sobre dos puntos principalmente: sobre el anticlericalismo y sobre el

⁵ Ed. parcialmente por Prudencio Rovira y Pira: *o. c.*, p. 66-67.

⁶ A. Maura fue herido en un atentado terrorista por el pistolero Possá, retirándose, con tal motivo a una alquería de la Sierra de Alfabiá, en Mallorca, para convalecer. Entre los muchos que acudieron a visitarle estuvo Azorín. Una foto de Azorín con A. Maura, publicada en el *ABC*., 28-VI-1911, p. 7 recuerda la visita que Azorín le hizo en Valldemosa.

catolicismo llamado *social*⁷. El anticlericalismo lo combato —no es preciso decirlo— con todas mis fuerzas; hay argumentos bastantes para ello; mis artículos han sido reproducidos por la prensa católica. Pero al combatirlos insinúo a los católicos españoles la idea de que esta cuestión no es la que debe inspirarnos inquietudes, «puesto que asunto es este que habrá de resolverse de acuerdo con la potestad de la Iglesia». Ya comprenderá usted la intención política de tal campaña.

En cuanto al *catolicismo social*, que en estos países ha alcanzado un gran desarrollo, mi idea es la de que los católicos deben iniciar una acción profundamente bienhechora y generosa. Solo con esta acción que vaya directamente, amorosamente, hacia el pueblo, hacia la masa obrera, podrá neutralizarse la obra disgregadora del espíritu revolucionario.

A mi entender —lo he dicho así en algunos artículos— lo grave que podría haber en la política del Gobierno actual es, no el asunto de las Congregaciones, si no lo referente a las reformas de la enseñanza primaria... He escrito mucho el pasado invierno sobre la enseñanza neutral⁸. Es este un problema de gravísima transcendencia. Por ahí comenzó la disolución de la sociedad francesa, su estado de anarquía actual. Si Canalejas⁹ intentara establecer la *neutralidad* de la enseñanza, creo que eso podría originar un tremendo conflicto. En mi opinión las reformas de la enseñanza deben ser puramente *externas*; debe hacerse todo lo que se pueda en cuanto al número de escuelas, extensión de la instrucción pública, edificios, higiene escolar, material, sueldos, etc., etc., pero no, de ningún modo, tocar el *espíritu*, la integridad y libertad de la enseñanza católica, fundamental, tradicional. Si tal cosa sucediera, eso sería el comienzo de una guerra civil *espiritual*. Se comienza por la *neutralidad*, por el espiritualismo, por la *religión natural* (negaciones encubiertas, pudorosas de toda la idea de Dios) y se acaba por el ateísmo franco, por el antimilitarismo, por la negación de la Patria, de la autoridad, etc., etc.

Son estas, modestas consideraciones que ofrezco a la alta y clarísima inteligencia de usted. He estudiado atentamente este verano la marcha que desde 1870 ha seguido la disgregación moral de Francia, y creo que este es para nosotros —no el asunto de las Ordenes religiosas— el problema capital, fundamental.

Adjunto envío a usted un artículo que hoy publico en *ABC*¹⁰. Va encaminado a disipar cierto equívoco que los carlistas están explotando hábilmente en las provincias del Norte.

⁷ Son varios los artículos que publicó sobre ello, como: «Fenómenos sociales», *ABC*, 24-VII-1910; «Supersticiones», 27-VII-1910; «Una obra de patriotismo», 7-VIII-1910; «La acción social católica», 13-VIII-1910; «Una novela realista», 14-VIII-1910; «El anticlericalismo», 17-VIII-1910; «El catolicismo social», 21-VIII-1910; «Más sobre el anticlericalismo», 23-VIII-1910; «Católicos y conservadores» 25-VIII-1910 y otros tantos en los siguientes días.

⁸ Puede verse, entre otros, los siguientes artículos: «La escuela neutral», *ABC*, 29-III-1910; «Más sobre la escuela neutral», 1-IV-1910 «La escuela neutral», en: *Diario de Barcelona*, 12-IV-1910; «El determinismo en la escuela», *ABC*, 21-IV-1910, etc.

⁹ Azorín le dedicó los siguientes artículos: «Con el Señor Canalejas», *ABC*, 8-VI-1906, «Impresiones parlamentarias. El señor Canalejas», 17-III-1908; «Impresiones parlamentarias. Cambó y Canalejas», 13-V-1908; «Canalejas», en: *El Pueblo Vasco*, 2-II-1911; «Contestando a Canalejas. La cara y el espejo», en: *Idem.*, 26-II-1911; «Canalejas», en: *La Prensa* (Buenos Aires), 29-VII-1928.

¹⁰ Se trata de: «Católicos y conservadores», en: *ABC*, 25-VIII-1910.

No le canso a usted más. Le ruego me perdone la molestia en gracia de la buena intención.

Es su entusiasta y devotísimo admirador.

J. MARTÍNEZ RUIZ

Madrid 25 agosto 1910

s/c Los Madrazos, 8».

En carta a Juan de La Cierva, del 6 de agosto de 1910, le diría también:

«AZORÍN

Mi querido D. Juan: celebro que se halle usted en buena disposición respecto al asunto.

Urge una acción popular y persistente. Cada día siento más profundamente la idea conservadora. Pero creo que el partido conservador del porvenir ha de ser un partido católico, profundamente católico y socialista. Es decir que en (mi opinión, en tanto que el antiguo partido liberal, abstracto y doctrinario, se convierta en un partido radical; el conservador debe recoger en su seno toda esa externa y varia labor que en todos los órdenes de la vida va realizando la Iglesia Católica en muchos cultos países.

Hasta ahora el partido conservador ha sido un partido liberal, el verdadero partido «doctrinario»; en un porvenir próximo, a mi juicio, habrá de ser un partido de *acción católica*, de *socialismo* católico. Las circunstancias lo impondrán. Habrá que ir al pueblo directamente y en amor, sobre todo a la marca de los labriegos, y para esto, será necesario realizar todo lo que en otros países realizan la *acción social católica*.

Le recuerdo el reciente libro de Jacques Piou (sobre la *Acción Popular Liberal*, de Francia) titulado *Questions religieuses et sociales* (Plon-Nourit, editores). En este libro, que es una colección de discursos, hay mucho de lo que yo entiendo que debe ser incorporado a nuestro partido conservador.

En fin no le canso más.

Suyo cordialmente,

J. MARTÍNEZ RUIZ

Madrid 6 agosto 1910»¹¹.

2. El Proceso Ferrer

Las disputas parlamentarias sobre la Escuela *neutral* están vinculadas con otro problema que les es anexo: el fusilamiento del maestro y pedagogo catalán, Fran-

¹¹ Tengo que agradecer a mi amigo Juan Sáez, de la Universidad de Murcia, las gestiones realizadas para hacerme con el texto.

cisco Ferrer y Guarcia (13 de octubre de 1909), y posterior Proceso seguido en el Congreso de los Diputados durante los meses de marzo y abril de 1911. Tampoco lo han tenido en cuenta los azorinianos. Un día tendremos que ocuparnos de ello, dada la atención que Azorín le prestara. Conozco por lo menos diez artículos, sólo del ABC, dedicados al tema; aparte los tangenciales, como su polémica con R. B. Cunninghame Graham; artículos que el lector puede ver publicados durante los meses de marzo-abril de 1911.

Para situar la postura de Azorín frente al tema, en un período de su vida de fervorosa militancia maurista, hay que contar con la oficial de su partudi. Sintetizándola al máximo, hay que tener en cuenta: Primero, que Juan de La Cierva era por aquel entonces Ministro de la Gobernación; que Angel Ossorio ocupaba el puesto de Gobernador Civil de Barcelona. Segundo, que ya, desde apenas ser nombrado Ossorio Gobernador de Barcelona, remite a La Cierva los siguientes comunicados: 1) el 29 de enero de 1907: informe sobre un posible atentado contra Maura en Barcelona; 2) el 31 del mismo mes y año informe acusando a Ferrer de anarquista, de enlace y corresponsal con los grupos anarquistas franceses; 3) el 26 de diciembre de 1907 informe, de nuevo, de todos los grupos subversivos que operaban en Cataluña, con especial atención de los anarquistas y en particular de Ferrer; 4) nuevo informe con más precisiones sobre los grupos terroristas y anarquistas, con especial referencia de la actividad de Ferrer y de Nakens, fechados los días 5 y 12 de enero de 1908; 5) culminando todo el proceso con la sentencia de pena capital y ejecución de Ferrer, como responsable ideológico de los atentados terroristas de Barcelona, llevada a cabo el 13 de octubre de 1909 bajo el mando del general de Ingenieros, Señor Ecrú¹², con las consabidas protestas y manifestaciones en favor y en contra del Gobierno de España a lo largo de Europa, así como las polémicas discusiones en el Congreso, en 1911, y caída consiguiente del Gobierno conservador de Maura.

Mientras liberales y progresistas presentaron el caso Ferrer como mártir, modelo y padre de la *Escuela moderna*, abatido por la barbarie e incomprensión del pensamiento reaccionario y cavernícola de la derecha dogmática, ésta no hará sino justificar su acción. «Encontramos muy atrevido querer preservar a Ferrer de las consecuencias de sus actos. El que combatió la organización del Estado no puede quejarse de haber sido juzgado por un tribunal militar. Sentimos que haya quien tenga más comprensión por cobardes y criminales revolucionarios armados de bombas que por los inocentes víctimas sacrificados»¹³, leemos en un extracto tomado de la prensa alemana.

Ante un problema como éste, los unos acusarán a la derecha de haber juzgado a Ferrer como hombre, como político y como pedagogo; apoyados en la reacción internacional que sostuvo que fue fusilado por sus ideas de cultura, de civilización y de progreso; mientras los otros se aferrarán a que lo fue por incendiario y por director de los salvajes crímenes de Barcelona. Torcuato Luca de Tena sintetizaría así la postura oficial del Gobierno:

¹² Es preciso seguir diariamente las crónicas en la prensa nacional y extranjera para poder conocer en detalle el tema.

¹³ ABC, 14-X-1909, p. 10, col. 1.

«Si no se condenó a Ferrer por su ideas, la discusión acerca de su proceso queda reducida a los siguientes términos:

1.º ¿Fue o no Ferrer director y coautor de los crímenes de Barcelona?

2.º ¿Estaba legalmente constituido el Tribunal militar que lo juzgó?

3.º Los oficiales del Ejército que le condenaron, ¿lo hicieron en virtud de exigencias del Gobierno o con arreglo a la justicia y a su conciencia?

¡Que los militares nada tienen que ver en el proceso de Ferrer! ¿Pero es posible hacer esta afirmación? ¿Habría alguien que, a no estar cegado por la pasión política, se atreviera a hacer responsable a un Gobierno de las sentencias dictadas por los Tribunales de justicia?

El hecho es claro, preciso y terminante: en Barcelona fue proclamada la ley marcial con motivo de criminales y sangrientos sucesos; varios amigos y correligionarios de Ferrer acusaron a éste de haber sido instigador y director de aquellos hechos; la justicia militar procesó y buscó a Ferrer, y preso éste cuando, disfrazado, se proponía pasar la frontera, le juzga y le condena a muerte por unanimidad de un tribunal compuesto de un fiscal, siete jueces, un asesor, un auditor y un capitán general.

Este es todo el proceso Ferrer, y no la trágica novela propalada por toda Europa en menoscabo de la verdad, de la honra y de la dignidad de España»¹⁴.

En defensa del Gobierno y en sintonía con el ABC estarán todos los artículos que escriba Azorín sobre el caso. «Lo que en realidad se produjo en algunos países europeos —singularmente en Francia— cuando Ferrer fue ejecutado, fue un movimiento de hostilidad, de agresividad, hacia España en su totalidad. El motivo de tal agresión lo ofreció la ejecución del revolucionario catalán, como pudo haber sido otro distinto. La Europa que protestaba no sabía quién era Ferrer; ni más remota noticia tenía de ese personaje. Lo que pasó entonces es que viejos, seculares odios latentes contra España encontraron coyuntura de hacer explosión»¹⁵. Apoyándose en la autoridad de Unamuno, añadirá poco más adelante: «Don Miguel de Unamuno, en una carta escrita al periódico argentino *«La Nación»*, con fecha de Diciembre de 1909, carta en que se habla del asunto Ferrer, discurre también sobre el odio y la envidia a España. «La hostilidad a España —dice el señor Unamuno— arranca del siglo XVI. Desde entonces se nos viene, en una u otra forma, insultando y calumniando. Nuestra historia ha sido sistemáticamente falsificada, sobre todo por protestantes y judíos, pero no sólo por ellos». Se está refiriendo Azorín al artículo «A propósito del caso Ferrer», publicado en *La Nación*, de Buenos Aires, el 29 de enero de 1910; artículo que vino a completar otro publicado con anterioridad, el 8 de enero, que llevó por título: «Sobre la intransigencia»; artículos que tengo el privilegio de conocer gracias a la generosidad de Victor Ouimette, cuya copia me remitió unos días antes de morir y que forman parte de un volumen que saldrá en breve en la Universidad de Salamanca bajo el título: MIGUEL DE UNAMUNO, *De Patriotismo Espiritual*. Artículos en «La Nación», de Buenos Aires (1901-1914). Edición y notas de Victor Ouimette, con un Epílogo de Laureano Robles.

¹⁴ ABC, 28-II-1911, p. 5, col. 1.

¹⁵ ABC, 30-III-1911, p. 4, col. 2.

«Ferrer era, terminará escribiendo Azorín, un hombre menos que mediocre, nulo, obtuso, perverso, corrompido. Tres publicistas independientes le han juzgado: Salillas, Baroja y Unamuno; los tres han convenido en su mediocridad. Ferrer —escribe Unamuno\$, de quien se quiere hacer un héroe o un sabio, era un pobre 'ácrata fanático', de una mentalidad menos que mediocre». Y de forma más contundente precisará al día siguiente (31 de marzo de 1911): «El revolucionario Ferrer fue condenado justamente por un Tribunal militar. Dedicó Ferrer toda su vida a la obra revolucionaria; si otros agitadores de multitudes han conservado en su conducta y en sus obras una grandeza y una generosidad que les ha hecho acreedores al respeto de sus más violentos adversarios, Ferrer, por multitud de detalles, por menores y episodios de su existencia azarosa y equívoca, se nos presenta como un personaje mediocre, innoble, torpe y repulsivo»¹⁶.

Una vez más tenemos aquí a un Azorín *intelectual orgánico*, que puso su pluma al servicio del poder.

3. La Generación del 98

Aunque se haya publicado en *El País* que Ortega y Gasset fue quien bautizó y dio nombre a la Generación del 98¹⁷, no es cierto. De todos es bien sabido que la paternidad se la debemos a Azorín, al publicar en el ABC una serie de artículos bajo dicho título¹⁸; artículos en los que va perfilando autores y tendencias, algunas de dichas notas le pasó a Ortega para que éste escribiera las propias¹⁹.

En el cuarto y último artículo de la serie (ABC, 18-II-1913) Azorín nos dirá que hombres de la generación del 98 son Valle-Inclán, Unamuno, Benavente, Baroja, Bueno, Maeztu, Rubén Darío. Luego vendrían otras precisiones, y con ellas, la inclusión de su nombre entre los de aquella generación.

A la hora de analizar sus características Azorín precisará que en 1898 se reveló ciertamente en España una pujante generación de escritores, pero, para afirmar de inmediato: ¿De qué manera, sino gracias a la I.L.E., ha podido alentar ese grupo de literatos y artistas nuevos? «De esos escritores, unos influyen en el periodismo y lo renuevan (ahora ya es imposible el artículo brillante, sin ideas); otros marcan una nueva etapa en el teatro; la novela es también revolucionada por ellos. España comienza a ser sentida mejor, más íntimamente que hace 40 años. Se comprenden como jamás se han comprendido el paisaje y las viejas ciudades» (doc. 5). Y en otro lugar: «la generación llamada de 1898 está marcada con el signo de Costa y de Giner» (doc. 9). Esto me da pie para plantear de lleno las relaciones de Azorín con la ILE, y en particular con Giner.

En su delicioso libro, *Valencia*, tiene Azorín dos capítulos dedicados a Vives: el c. XI, *La estatua de Vives*, y el c. XXIX, *Blanca March*. Al escribir el primero

¹⁶ ABC, 31-III-1911, p. 5, col. 2.

¹⁷ ROBLES, L.: *Azorín-Ortega*, Carta 5, notas 26 y 27.

¹⁸ Idem.

¹⁹ Idem.

le vinieron los recuerdos de sus años de mocedad; años de estudiante en la Facultad de Derecho de Valencia. En el patio del viejo edificio se halla la estatua de Vives. Azorín tuvo que verla todos los días que iba a clase, antes de entrar en las aulas, al salir de ellas y durante los recreos.

Corría el mes de septiembre de 1888. Apenas tenía el futuro Azorín quince años. El 29 de septiembre se matriculaba como alumno oficial de primero de Derecho. Aquel año vivió en la Plaza de las Barcas, 27. Con él estudiaron también los hermanos Pío y Darío Borja y Nessi²⁰. Condiscípulo suyo fue Teodoro Llorente Falcó, quien años más tarde recordaría en uno de sus artículos al condiscípulo²¹.

Universitario, sí; estudiante, lo que se dice estudiar, poco. A Azorín le interesaban otras cosas. No le iba el Derecho. Le suspendieron en Metafísica²², Literatura General y Española²³, Derecho Romano²⁴ e Historia General del Derecho²⁵. Era catedrático entonces de Metafísica en la Universidad de Valencia Agustín Arnau e Ibáñez. La cátedra de Literatura general y española la desempeñaba Romualdo Arnal y Vicente, natural de Monreal del Campo (Teruel), separado durante algún tiempo de la docencia por no jurar la Constitución (2-X-1868)²⁶. La cátedra de Derecho romano la ocupaba entonces Eduardo Gadea y Aler²⁷. ¡Qué vueltas no da la historia!, de no haber suspendido al futuro Azorín, ni sus nombres sabríamos.

Azorín trasladó su expediente de Valencia a Granada en búsqueda de mejor fortuna²⁸; de aquí a Salamanca; de Salamanca a Valencia de nuevo en 1896²⁹, para terminar en Madrid.

²⁰ ROBLES CARCEDO, L.: «Pío Baroja, estudiante en Valencia». Notas a «El árbol de la ciencia», Monóvar (Alicante), septiembre 1987, II p.

²¹ LLORENTE FALCO, T.: «Azorín, estudiante en nuestra Universidad». Memorias de un setentón, vol. II, Valencia, 1943.

²² VALENCIA, AU.: (Archivo de la Universidad), libro 377. Facultad de Derecho. Lista de exámenes (oficiales) de los cursos 1888-89 al 1892-93, n.º de matrícula 46 en Metafísica. El tribunal estuvo formado por José Villó, Romualdo Arnal y Joaquín Arnau e Ibáñez.

²³ VALENCIA, AU., caja 154: Inscripciones de matrícula oficial de Derecho. Curso 1888-89, n.º 307. Se matriculó el 29 de septiembre de 1888, y el tribunal lo formaron los mismos profesores que en Metafísica.

²⁴ VALENCIA, AU., caja 313. Derecho. Solicitud de matrícula libre el 14 de mayo de 1891. No se presentó en septiembre. Le suspendieron el 15 de junio de 1891 (VALENCIA, AU., libro 379. Derecho y Notariado. Lista de exámenes libres 1889-90 y 1890-91).

²⁵ VALENCIA, AU. Libro de certificaciones personales expedidas a los alumnos de estudios privados, desde 1.º de octubre de 1893, pág. 4. Fue suspendido el 28 de junio de 1893.

²⁶ El expediente de don Romualdo Arnal y Vicente (VALENCIA, AU., caja 964).

²⁷ El de Eduardo Gadea y Alera (VALENCIA, AU., caja 963).

²⁸ VALENCIA, AU., libro 396: Derecho. Talones de certificaciones personales y oficiales 1891 a 1892, n.º 204: «que necesitando acreditar en la Universidad de Granada los estudios hechos en esta Universidad para continuarlos en aquella... Ruega...Valencia, 10 de agosto de 1892. Por orden: Vicente Chirivella, el Rector: Vicente Gadea Orozco se la concede en Valencia, 11 de agosto de 1892». El traslado de expediente lo pidió Manuel Rico, ayudante de «Cronista de la Provincia», Median, 26 (Benalúa) Alicante, tío de Azorín, según consta en la carta que se incluye. El 11 de agosto de 1892 se le concede el certificado de estudios, n.º 204, pág. 125 v. Entre los condiscípulos de José Martínez Ruiz encontramos en todos los cursos, ya desde el Instituto de Murcia donde estudió el bachillerato, a Rogelio AZORÍN Navarro, que fue suspendido cada año en todas las asignaturas.

²⁹ ROBLES CARCEDO, L.: «Cartas inéditas de Azorín a Dorado». *Anales Azorinianos* (Monóvar), 3 (1896), 221-264; ed. 1987.

Fue en Valencia, sin embargo, en donde se le abrieron los ojos al joven J. Martínez Ruiz; en donde un mundo de ideas nuevas comenzó a aflorar en él. A ello contribuyó de forma decisiva su paisano Eduardo Soler y Pérez, natural de Relleu (Alicante), de la ILE y colaborador de Giner, catedrático entonces en la Universidad de Valencia, y del que el propio Azorín nos ha dejado una semblanza pedagógica³⁰. El fue, sin duda, quien le conectó con la ILE y con Giner, como también con aquellas ideas que van a ser germen y levadura de las suyas. En último término, la idea central de cuanto Azorín escriba estará dominada por el tema de España.

A finales del XIX la historia de España había quedado atrás petrificada, hecha esfinge. Ortega y Gasset nos dirá en *España Invertebrada* que España nunca había llegado a realizarse por insuficiencia de su constitución. Dicho con claridad, existía en España una desconexión entre la España del siglo XVI y la España del XIX. Más aún, y por ello mucho más grave, había una desconexión entre los acontecimientos de Europa y los de España. Nos habíamos quedado descolgados, aislados, solos y atrasados en todos los órdenes políticos, económicos y culturales.

Sin embargo, en la intrahistoria de nuestro pueblo venía dándose desde hace siglos una escisión entre la España viva y la España muerta entre la España real y la España oficial. La España oficial y somnolienta era la única responsable de lo que estaba pasando, del retraso y aislamiento a que tenía sometida a la España viva, real, formada por el pueblo.

Había entre nosotros como dos castas de españoles a la hora de sentir y de nombrar a España. Los oficialmente españoles, que se abogan la propiedad exclusiva del patriotismo, con título oficial de defensores de la patria y que gritarían luego «¡Arriba España!» mientras la estaban entregando al fascismo, como ayer malversaban sus fondos en Cuba y Filipinas, huían en Marruecos o vivían de espaldas a nuestro pueblo; y los otros, los españoles herejes, los que gimen y gritan por España.

Dentro de esta España viva, frente a la España oficial del siglo XIX hay tres grupos de ciudadanos que por sus ideas heréticas o revolucionarias, por su rebeldía, se han enfrentado contra la falsa España, contra la máscara de la España viviente y verdadera: el Partido Socialista, la Institución Libre de Enseñanza y la Generación del 98.

Aunque distintos, cada uno de esos tres grupos, con imágenes diferenciadoras de la España por venir, que querían reconstruirnos, a todos ellos les une una idea común: sacar a España de su ostracismo. La generación del 98, con su postura crítica más que constructiva y portadora de soluciones, venía pidiendo a gritos que la España oficial asumiera la realidad española. Ella, la generación del 98, sembró la inquietud, la disconformidad, el afán ardiente de mejora y la conciencia de nuestras taras, de nuestros ascentrales defectos hispánicos.

El Partido Socialista, por su parte, ha venido educando a la masa obrera, creando en el proletariado un modelo de obrero conocedor de sus deberes y derechos, con un sentido de justicia que lentamente ha ido modificando y obligando al capital y al empresario a tomar decisiones que tal vez nunca hubiera afrontado. Con el Partido Socialista se ha introducido en la vida española el sentido de

³⁰ AZORÍN: «Un estudiante en Valencia. Derecho político». *Ahora* (Madrid), 5-II-1936, pág.

disciplina, y lo que es más novedoso para los españoles, la preocupación por la eficacia.

En cuanto a la Institución Libre de Enseñanza hay que decir que con su acción y comportamiento ha venido a crear en España una clase social nueva, la del intelectual, la del académico, que, gracias a los estudios y las conquistas conseguidas en permanente lucha con el Estado, está logrando un puesto digno en la sociedad, entre el obrero y el «señorito», con un talante liberal, tolerante, amplio de ideas, máxime en materia religiosa, que lentamente ha ido modificando la mentalidad española, contribuyendo constantemente a la promoción social de los españoles. Es, sin duda, el aspecto más notable en la historia moderna. Para entender lo que se propuso hacer y sus raíces, basta con leer los ambientes tan magistralmente expuestos por Galdós en *El Amigo Manso*, o por Pérez de Ayala en el *Profesor Auxiliar*.

Esos tres grupos sociales han sido el fermento y la levadura de la regeneración de la España moderna; la que hoy tenemos, y que la España republicana quiso trasmitirnos.

La serie de textos que aquí recopilamos de Azorín sobre Giner ponen en evidencia varias cosas. En primer lugar que, la segunda mitad del siglo XIX está básicamente formada por tres generaciones muy distintas entre sí, pero condicionadas cada una de ellas por la generación anterior.

Francisco Pí y Margall y Emilio Castelar —desde el punto de vista político— constituirían la primera de esas generaciones; generación radical y republicana, aunque no revolucionaria. Son defensores, como Castelar, de una Presidencia fuerte, capaz de defender las colonias, reformar la hacienda, la administración y de implantar la enseñanza pública. Pí y Margall supuso, por otro lado, la valentía de abordar por primera vez el tema del regionalismo y de las nacionalidades, asignatura aún no aprobada en nuestros días.

Con la fundación en 1876 de la ILE surgió una segunda generación, integrada por Joaquín Costa, Clarín y Giner de los Ríos, como figuras símbolo. Frente a la generación anterior, ésta intentará modificar y transformar la sociedad, aunque con paciencia, perseverancia y amor. Fue una generación con fe en el estudio, en la reflexión, en la meditación y observación de la realidad, de la historia y del paisaje. «A Giner y a Costa se debe modernamente el progreso espiritual de España», escribirá Azorín. No fue una generación de acción, sino de estudio. Más que ocuparse por nuestro pasado, aunque sin olvidarse de él, se encaró a su porvenir. La generación de la ILE, y Giner en primer lugar, nos enseñó a amar y respetar la vida. Clarín, como dirá en su prólogo a *Ideas pedagógicas modernas* de Adolfo Posada, nos enseñó a examinar todos los aspectos de las cosas. Ver las cosas desde todas las perspectivas, que dirá más tarde Ortega, no es sino un eco de lo ya señalado por Clarín.

En todos aquellos hombres notamos un amor a la naturaleza, al paisaje, a los libres, a las cosas españolas, castellanas, a los valores literarios tradicionales y a las ediciones de nuestros clásicos, que antes no se hacían. Pero sobre todo Giner nos enseñaría a ser tolerantes, frente al militarismo y a la intransigencia inquisitorial de otros tiempos. Me preocupa, le dirá Unamuno a Juan Valera, no ya la Inquisición de antaño si no el que aún perdure en muchas mentes de los hombres de hoy actitudes inquisitoriales. En pleno conflicto marroquí Giner y sus hombres vendrán a decir que el colonialismo, desde el punto de vista militar, ha

terminado, para dar paso a la civilización, con la fundación de escuelas y de hospitales olvidándonos de una vez por todas con toda gloria conquistada por las armas. La nueva gloria a conquistar es sólo la que nos viene por la ciencia y por el saber.

Así, pues, la Generación del 98 surgió en el espectro nacional como una generación formada en el seno de la generación llamada *krausista*. Pero, para Azorín, analista sagaz, Krause sólo fue un excitante de aquél movimiento. El fondo, la sustancia primaria del movimiento estaba en España, en su pasado histórico, olvidado y ahora desenterrado. Aquélla generación no se hubiera dado sin una tradición honda, recuperada ahora por los hombres del 98: Valle-Inclán, Unamuno, Benavente, Baroja, Maeztu, Rubén Darío y el propio Azorín, añadiremos nosotros.

[1909, X-7]¹

[a Francisco Giner de los Ríos]

El Diputado a Cortes/por/ Purchena
Sr. D. Francisco Giner

Mi respetable amigo: muy de veras agradezco su carta². ¿Como han de molestarte sus observaciones, que yo tanto estimo? En la lucha diaria del periodismo³, dentro de la *voragine*, es muy difícil conservar en todos los momentos la ecuanimidad, y aquella ponderación que muchas veces —sin necesidad de cambiar ni rectificar nada — estriba, como diría Gracian más en el *modo*, que en la *realidad*.

Dentro de poco le enviaré a usted // un nuevo libro. Lo titulo *España*⁴, y es una colección de paisajes y semblanzas de Castilla y otras regiones españolas.

Su cordial admirador y servidor.

L. MARTÍNEZ RUIZ

Madrid 7 octubre 1909

¹ MADRID, RAH., Fondo Giner de los Ríos, caja 17, n.º 11.

² No la conozco.

³ Este mismo día publicó Azorín «Solidaridad», en: ABC, 7-X-1909.

⁴ *España*. Hombres y paisajes. Madrid, Francisco Beltrán, 1909, 166 p.

[1910, IV-13]¹

[a Francisco Giner de los Ríos]

AZORÍN

Sr. D. Francisco Giner

Admirado maestro: de todas veras le agradezco su carta². Todas sus observaciones son para mí dignas de consideración y de respeto.

En lo de la enseñanza «neutral» tengo cada vez ideas más timoratas, fijas, y si se quiere, «dogmáticas»³.

Es de usted cordial admirador.

J. MARTÍNEZ RUIZ

Madrid 13 abril 1910

¹ MADRID, RAH., Fondo Giner de los Ríos, Caja 18, n.º 4.

² No la conozco.

³ Azorín escribió sobre el tema los siguientes artículos: «La escuela neutral», en: ABC, 29-III-1910; en: *Diario de Barcelona*, 12-IV-1910; «Más sobre la escuela neutral», en ABC, 3-IV-1910; «El determinismo y la escuela», en: ABC, 21-IV-1910; «El mensaje y la escuela», en: *Diario de Barcelona*, 21-VI-1910; «El problema de la escuela», en: ABC, 4-IX-1910; «Las escuelas de Madrid», en: ABC, 8-IX-1910.

[1912, III-24]¹

Gracias mil, amigo mío, por sus *Lecturas Españolas*². Anoche llegaron a mis manos, y, aunque conocía ya algunos de sus admirables artículos, ésta fue una razón más para releerlos con los otros; y esta madrugada lo concluí todo, con la honda sensación espiritual que da siempre esa penetrante, suave y cruel compenetración de las cosas. ¿Por qué no haber recogido en el Epílogo las excelentes cosas que ha sembrado usted en sus episodios contra el trágico amor a la «grandeza» exterior, a expensas de la más íntima miseria en las cosas del alma como en las del cuerpo, que desde los Reyes Católicos nos viene hundiendo hasta el abismo de estupidez desalmada de Marruecos?

[F. Giner de los Ríos]

¹ En: B.I.L.E. (Madrid), 44 (1920), 383-4; AZORÍN: OC., X: *Lecturas españolas*.

² *Lecturas españolas*. Madrid, Impr. de la «Revista de Archivos», 1912, 220 pp.

[1916, II-18]¹

DON FRANCISCO GINER

por
Azorín

Sobre un fondo de picachos del Guadarrama, en la misma sierra, un viejecito sentado en un peñasco. Se halla comiendo y está cascando un huevo; da golpes ligeros, como quien no se atreve hacer mucha fuerza, y cuando el huevo está roto, lo va comiendo con un gesto tranquilo de limpieza y escrupulosidad. Un perrito —hay perritos en todas partes— se ha acercado lentamente, temiendo algo, y el anciano, con un ademán de cariño, lo ha tranquilizado. Luego, en vez de tirárselo al suelo, le da un pedacito de este huevo que está comiendo, y le dice unas palabras, a las que el perrito, que ya sabe lo que se hace, contesta moviendo suavemente la cola y mirándole con unos ojos de amor. ¿Quién es este viejecito que, sentado en la piedra, hace su comida frugal? Si nos lo encontráramos solo y pudiéramos examinarlo bien, ¿qué pensaríamos de él? Pensaríamos lo siguiente: Primero, este anciano va vestido modesta, toscamente; pero no es un labriego de las cercanías, ni un artesano de los pueblos, ni un traginante que va de acá para allá a sus faenas. La ropa es modesta, pero ¡qué blanca, qué irreprochablemente blanca la camisa! ¡Y qué limpio, extremadamente limpio el traje! Segundo: ¿habéis visto qué luz inquisitiva tiene este anciano en los ojos? Cubre su faz una barba corta; sus labios están casi emboscados entre el bigote; pero, de cuando en cuando, algo se ve de la línea de la boca. Y esta boca —como en algunos grandes artistas, como en algunos grandes pensadores, como en Schopenhauer—, esta boca tiene una expresión extraordinaria; dice muchas cosas que sería difícil concretar. ¿No dice una observación larga algunas veces dolorosa, intensa, recatadamente dolorosa de las cosas y de los hombres? Tercero: cuando habláramos con este anciano, cuando le viéramos moverse libremente, notaríamos un gesto de atención que consiste en tener un poquito ladeada la cabeza. (Así ha salido en sus mejores retratos). Parece que en tanto este anciano escucha u observa, su cabeza se inclina ligeramente a un lado, como para recoger mejor la impresión o como muestra de deferencia y de respeto o para poner más intensidad en el momento de atender, o como movimiento casi «religioso», que encierra todo lo que llevamos dicho, y además respecto a la vida, recogimiento ante las grandes cosas, si, pero también ante lo que parece humilde y desdeñable.

¡Amor a la vida, respecto a la vida! Aquí está toda la filosofía de este anciano. ¿Cómo desenvolveremos esta fórmula compendiosa? En la segunda mitad del siglo XIX, ha florecido en España una cierta modalidad filosófica de considerable trascendencia. Si el iniciador no fue Giner, vino a ser Giner, con el tiempo, su más elevado representante. Aludimos al movimiento filosófico llamado krausista. El krausismo español, lo que aquí seguimos llamando impropriamente krausismo, no ha sido estudiado debidamente todavía; apenas si podemos contar con observaciones profundas y delicadas, algo más que lo que dice Clarín en el prólogo a las

¹ En: ABC, (Madrid), 18-II-1916; en: B.I.L.E. (Madrid), 40 (1916), 91-3; en: *Insula* (Madrid), n.º 220, marzo 1965.

Ideas pedagógicas modernas, de Adolfo Posada². La indicada tendencia filosófica se ha caracterizado entre nosotros por cierta austeridad, por un sentido de reflexión y de simpatía ante la vida, por un gesto de escrupulosidad, por un examinar atento y cuidadoso de todos los más opuestos aspectos de las cosas. ¡Qué importa el viaje a Alemania de D. Julián Sanz del Río y las traducciones de Krause! La inspiración de Krause ha sido un «excitante»; el fondo, la sustancia primaria del movimiento estaba en España. No hubiera podido darse esta bella, espléndida, fecundísima floración del movimiento español sin una tradición honda en que arraigara la semilla. Lo que parece extranjero y ha sido mil veces reprochado de extranjero, era profunda, íntimamente nacional. Cuando nosotros consideramos esta filosofía —que no es sólo una filosofía—, se nos antoja estar viendo prolongadas en ella, viviendo nuevamente en ella, muchas cosas españolas tradicionales. Vemos, por ejemplo, el *Informe* de Melchor Cano (independencia, libertad civil), y el prólogo a la *Educación popular de los artesanos*, de Campomanes (dignificación y conciencia del trabajo), y las *Cartas Marruecas*, de Cadalso (crítica de los valores recibidos)... No es una filosofía meramente el krausismo; es toda una manera de sentir la vida, manera que ha venido a condensar en la Institución Libre de Enseñanza, y que D. Francisco Giner ha representado en su grado más alto.

En un momento grave de la vida, ante un problema trascendental o simplemente frente a «las cosas» ¿cuál debe ser nuestra actitud? ¿Cómo nos colocaremos espiritualmente en el mundo, y cuál será nuestro primer movimiento para la acción? Ante las cosas, lo que se habrá de imponer, como actitud primera y fundamental es un gesto de atención y de examen. Abramos los ojos, examinemos; vayamos poco a poco, con escrupulosidad, viendo todos los aspectos del problema. No nos dejemos llevar de nuestro primer impulso ni corramos tras la primera apariencia. «Es cierto, en efecto, eso; pero...» «Parece así; mas sin embargo...» No es un escepticismo lo que se impone; al menos escepticismo en su acepción vulgar; ni lleva tal sistema a una negación de todo. No; cuando escrupulosamente y con amor hayamos hechos nuestro examen; cuando hayamos considerado todos los aspectos y matices de las cosas, entonces resolvámonos, vayamos sin vacilaciones a la acción. Sin vacilaciones, pero con un alto sentido de humanidad. Presentémonos siempre nosotros mismos y nuestras ideas de modo que, en vez de provocar un choque violento, se suscite a su vez en los demás el examen y la discusión. La serenidad, y lo que se ha llamado modernamente la «objetividad» deben realizar esta obra. Pongamos la menor cantidad de «personalismo» en la exposición y difusión de nuestras ideas, o mejor dicho ese «personalismo», esa energía humana tan útil siempre, tan eficaz siempre, la forma que debe revestir es, en vez de la pasión y el ardor al uso, la escrupulosidad en la presentación, el cuidado del detalle, la simpatía y la comprensión respecto del adversario; la perseverancia, la indispensable perseverancia, la maravillosa perseverancia para proseguir sin desmayos, sin desaliento, en la tarea. Y dejemos que el mundo grite, que las pasiones se entrechoquen, que la maldad amenace nuestra obra.. Nuestro gesto de comprensión lo abarcará todo y nuestra serenidad nos pondrá a cubierto de lamentables y mezquinas intervenciones...

² *Ideas pedagógicas modernas...* con un prólogo de Leopoldo Alas (Clarín) Madrid, Lib. Victoriano Suárez, 1892, XX- 354 pp. (pedagogos filósofos: Guyau, Fouillée y González Serrano; Excursiones pedagógicas a: Oxford, Bruselas, Estrasburgo, Lausana y Bolonia; Dedicatoria a Giner de los Ríos).

Así, a grandes rasgos, entendemos nosotros la filosofía a la manera de D. Francisco Giner. En cada filósofo, cada adepto ve acaso lo que él mismo quiere dar. Signo es este de fecundidad y de grandeza en el pensamiento filosófico. Fecundo lo ha sido el movimiento que la Institución Libre representa y que D. Francisco Giner ha encarnado tan admirablemente. «¿Qué se debe a la Institución Libre de Enseñanza?», se suele preguntar. Y se suele contestar ligeramente: «Poca cosa». ¿Poca cosa, desde D. Fernando de Castro acá? ¿Poca cosa, cuando toda la literatura, todo el arte, mucha parte de la política, gran parte de la pedagogía, han sido renovadas por el espíritu emanado de ese Instituto? Lentamente, a lo largo de cuarenta o cincuenta años, la irradiación de ese núcleo selecto de pensadores y de maestros se ha extendido por toda España. La obra sigue su marcha progresiva. El espíritu de la Institución Libre —es decir, el espíritu de Giner— ha determinado al grupo de escritores de 1898; ese espíritu ha suscitado el amor a la naturaleza y, consecuentemente, al paisaje y a las cosas españolas, castellanas, amor que ha renovado nuestra pintura (Bernite, Zuloaga, etc.); ese espíritu ha hecho que se vuelva la lista a los valores literarios tradicionales, y que los viejos poetas sean vueltos a la vida, y que se hagan ediciones de los clásicos como antes no se habían hecho, y que surja una nueva escuela de filósofos y de críticos con un espíritu que antes no existía. Desde el cuidado en el vestir y las maneras, hasta el amor a una vieja ciudad o a un poeta primitivo, ¡qué gama tan fecunda y humana de matices y de aspectos debe la cultura española a este viejecito que sobre un fondo de picachos del Guadarrama está sentado en una piedra rompiendo un huevo! un perrito —hay perritos en todas partes— se le acerca tímidamente, y él lo tranquiliza con un gesto de amor...

[1916, III-30]¹IN MEMORIAM
ANDANZAS Y LECTURASLAS OBRAS DE GINER
por Azorín

Un acontecimiento literario se ha producido últimamente en España, que merece, con preferencia a otros, la información del escritor. Nos referimos a la comenzada publicación de las obras completas de don Francisco Giner de los Ríos. ¡A cuántas reflexiones se presta este nombre tan dilecto a quien estas líneas escribe! Hace poco más de un año murió D. Francisco Giner; su memoria en ese tiempo ha ido ganando —si eso era posible— en delicadeza, en elevación y en inefabilidad. «Si eso era posible», hemos dicho, porque la figura del maestro llegó a representar en vida todas esas cualidades nobles de un modo insuperable. No se ha hecho todavía un estudio serio y amoroso de D. Francisco Giner; existen artículos, fragmentos, notas biográficas escritas por admiradores y discípulos; algunos de esos artículos habrán de ser tenidos en cuenta por los biógrafos futuros; revelan una impresión del momento, que puede ser útil al historiador literario. Pero el libro completo, escrupuloso, henchido de cordialidad —y al mismo tiempo de crítica vivaz— no se ha pergeñado todavía. Y quien lo haga habrá de tener en cuenta muchas cosas; por de contado, habrá de huir de hipérboles, superlativos y diti-rambes, que tan caros nos son a nosotros los escritores españoles. La figura de Giner no necesita de nada de eso. Quien escriba el estudio del maestro habrá de considerar: primero, su persona; la influencia directa, permanente, de su persona; segundo, la situación espiritual de España al iniciarse la acción social de Giner, y de lo que Giner representaba; tercero, la extensión de la influencia de Giner y de su núcleo y resultados obtenidos en los cuarenta años de trabajo constante; cuarto, las afinidades con la obra de Giner en otros campos cercanos a los de la pura acción pedagógica, en la literatura, por ejemplo, en las artes plásticas.

Esbozcamos ligeramente estos cuatro extremos; tal es nuestro plan; otro autor podrá sujetarse a otro; nosotros creemos, sin embargo, que todo lo indicado es imprescindible en un estudio de esta naturaleza. Toquemos sumariamente los puntos expresados: primero, «La persona de Giner». En la filosofía de Giner, su persona era tan importante como sus ideas; si dijéramos que acaso «más», no exageraríamos. La persona de Giner era una bondad vigilante e incansable, actuando en todo momento; era la discreción; era la cautela espiritual; era la nerviosidad, siempre despierta; era el acogimiento amoroso; eran, finalmente, las maneras, a que él daba tanta importancia: el gesto, los movimientos, los saludos, la manera de andar, el modo de vestirse y aliñarse. Hay pensadores que, personalmente, no representan nada, representándolo todo sus ideas, su filosofía, su sistema. Hay otros que, aun siendo muy subidas sus especulaciones mentales, vale tanto como ellas su figura viva y simpática. De estos era Giner. Ya en sus últimos años, su persona,

¹ En *La Prensa* (Buenos Aires), 30-III-1916; en: B.I.L.E. (Madrid), 42 (1918), 206-9.

con la edad, era la de un viejecito parlero, atento, observador. Vestía sencillamente: el traje aparecía modesto, casi tosco, casi pobre, pero en el atavío de la persona del maestro, resaltaba siempre, como una nota inmarcesible, la blancura, la nitidez de su camisa. Recibía a todos y los escuchaba atentamente: de cuando en cuando gustaba hacer una objeción, una objeción acaso a sus mismas ideas, para ver qué profundidad de raigambre tenían estas mismas ideas en el ánimo de su interlocutor, que también participaba de ellas. No daba nunca señales de impaciencia. A visitantes que iban a conservar con él y que le decían: «¡Estará usted muy ocupado, D. Francisco!», él contestaba: «No; mi ocupación es ésta». Es decir, la ocupación de Sócrates cuando iba por la ciudad charlando y deshaciendo con su parla prejuicios y maneras de pensar. No a toda hora, desarregladamente, se podía ir a ocupar el tiempo de Giner; locura, no cordialidad, sería el que un hombre insigne, un filósofo, un pensador, por dar acogimiento sin tasa a la multitud de curiosos o amigos, dejase estériles sus estudios. Giner tenía su plan, su reglamentación. Estudiaba a unas horas y departía con los visitantes en otras. No le placían los cumplidos extremados y los criterios aparatosos y redundantes; iba directamente al fondo de las cuestiones. Leía mucho; allegaba cuanto libro grave se publicaba en Europa y América sobre disciplinas filosóficas y de enseñanza; pero sorprendía también a veces hablando de novedades de literatura amena y ligera, que parecía ajena a sus dilecciones. «Curiosidad por todas las manifestaciones del pensamiento» era su lema. Amaba con pasión la naturaleza; los románticos franceses que en 1847 vinieron a España (Gautier, Dumas, Boulanger el pintor, etc.) se extasiaron con el paisaje del Guadarrama; ellos puede decirse que nos hicieron ver esa magnífica montaña que Velázquez y Goya habían puesto en los lejos de sus cuadros; mas el descubrimiento permanecía ignorado de los propios españoles; D. Francisco Giner, con sus reiteradas visitas dominicales al Guadarrama, había, muchos años después, de completar el descubrimiento de los románticos de allende el Pirineo. De Giner hemos aprendido a no desdeñarnos de viajar modestamente y a no sentir humillación por ello. Giner ha comenzado a suscitar el gusto por las viejas ciudades españolas, por la vida de los labriegos, por las cosas humildes y cotidianas que antes pasaban inadvertidas.

El segundo punto que había que examinar es el referente a la situación de España al tiempo de comenzarse la obra del maestro. No podemos detenernos mucho en estas consideraciones. No podríamos hacerlo —ni querríamos hacerlo— lejos de la patria, con el vigor con que lo haríamos escribiendo para españoles, dentro del solar de España. ¿En qué año, poco más o menos podemos situar la iniciación de la obra social de Giner? En 1870, ya el núcleo de nuevos profesores está formado. En 1870, el romanticismo —tan rezagado entre nosotros— ha acabado ya definitivamente. El romanticismo ha dejado en España dos o tres nombres: Larra, el duque de Rivas... El romanticismo ha acabado en 1870; se ha iniciado un cierto positivismo, que se manifiesta en las discusiones del Ateneo y que marcha de par con este anhelo de novedad intelectual que alienta en la Institución Libre de Enseñanza. Una gran inteligencia —Clarín— comienza a dar sus primeros resplandores. Es la época de los grandes oradores. Algunos años más, y la influencia de la oratoria grandilocuente se había extendido al periodismo y aun a la pintura (cuadros de Caado del Alisal, de Pradilla, de Gisbert). Fenómeno capital de este período histórico en España: comienza a hora a iniciarse la divergencia entre el mundo parlamentario, oficial, académico, y otro núcleo de estudiosos, de artistas, de pen-

sadores que marcha paralelamente al primero, pero que representa otras tendencias y otras orientaciones. A primera vista y desde lejos, unos y otros pensadores, unos y otros periodistas (los del primer grupo y los del segundo) serán iguales y aparecerán confundidos; en la realidad, serán distintos. Al llegar la Institución Libre de Enseñanza a la vida espiritual de España, ese núcleo de independientes, si existía, carecía de cohesión y de apoyo: después de años de actuar socialmente Giner, las fuerzas intelectuales que piensan con independencia en España, han sido constituidas y agrupadas de una manera sólida y definitiva. No es que, como consecuencia de la labor de la Institución Libre, haya dos Españas, es, sí, que existe, más definidamente que antes, un pensamiento de lo sancionado, de lo tradicional, de lo generalmente recibido y aplaudido, y, por otra parte, otro pensamiento que representa la innovación, que no tiene la gloria oficial, ni los aplausos de la gran opinión, y que, sin embargo, encarna lo más sólido, lo más hondo, lo más sustancioso de España.

Y al llegar aquí, entramos ya en la jurisdicción del terreno de los extremos que apuntamos arriba. Dos palabras debemos decir acerca de la influencia de Giner y su grupo en las distintas esferas de la vida española. Hemos indicado que el núcleo de pensadores, pedagogos, publicistas independientes evolucionaba en esfera aparte de lo oficial y sancionado ese violento y deplorable antagonismo se mostró en sus albores, no por su culpa, con el mundo gubernamental (recuérdese la persecución del ministro Orovio contra sabios y dignísimos catedráticos). Y hemos de añadir ahora que el avance del espíritu nuevo, «no oficial», se demuestra en el modo como ha ido esa tendencia infiltrándose en la vida del Estado y reemplazando a lo recibido y caduco. Institutos importantes de cultura española son hoy hijuelos de la Institución Libre de Enseñanza. De la Institución Libre proceden —y son organismos del Estado— la Junta de ampliación de estudios, el Centro de estudios históricos, la Residencia de estudiantes. ¡Qué enorme, sólido y espléndido adelantamiento en cuarenta años! ¡Y cómo todo esto demuestra la fecundidad y vitalidad de un alto espíritu —el de Giner— rodeado y secundado por una pléyade de hombres de fe y de estudio!

Ultimo punto: la radiación de la influencia de la Institución Libre y de Giner a las diversas manifestaciones de la vida nacional ajenas a la pura pedagogía. Y ante todo, ¿cómo podríamos definir la filosofía, la modalidad, la manera de D. Francisco Giner? En Giner, más que una filosofía, más que un sistema definido y cerrado, se ofrece «una actitud». Una actitud ante el mundo, ante la vida, ante los grandes problemas de la inteligencia. Sus obras, estos libros que ahora comienzan a publicarse, se nos antoja que han de ser una serie de impresiones —en el más alto sentido— de anotaciones, de apuntes, que Giner, «secundariamente», iba depositando en las cuartillas. Secundariamente, porque lo esencial en él era la acción personal, su influjo directo, la emanación de su vida. La actitud de Giner, ante todo, es un gesto de atención y de meditación. Prestemos atención a todo lo que la vida produce; detengámonos en su examen. No seamos atolondrados y ligeros; no demos por juzgado lo que no nos hemos explicado por nosotros mismos. Ni aceptar nada sin previo examen, ni condenar nada sin un estudio detenido. A la volubilidad del común de las gentes, a la ligereza y a la pasión, opongamos siempre una discreta investigación.

No extrañemos nada; no combatamos nada porque no tiene precedentes, y porque es la primera vez que se produce. Si lo tradicional puede tener —no la

tiene a veces— su razón de ser en el tiempo, lo nuevo la puede tener en la misma vida que se manifiesta de un modo inesperado. De un modo inesperado en el arte, en la política, en el derecho. De un modo inesperado para los tradicionalistas y ultraconservadores; pero esperado, ansiado, por cuantos tienen fe en el progreso indefinido. Pero ante lo viejo que va a desaparecer, que fatalmente ha de desaparecer, tengamos un poco de amor, de simpatía, de comprensión; una larga serie de antecesores nuestros ha vivido de esas ideas, de esos sentimientos. ¡Se han polarizado tantos anhelos, tantas alegrías, tantas angustias en torno de los ideales antiguos y decrépitos! Y en cuanto a lo nuevo, a la fe flamante y robusta que ahora tiene su aurora, ¡que no nos haga intolerantes! ¡Que ese ideal no ponga en nuestro espíritu una forma de desdén agresivo y violento para todo lo que se opone a su triunfo! Tengamos confianza en el tiempo; sin necesidad de agresividades y bárbaras violencias, creamos que la marcha de las cosas, que esa corriente eterna que lleva a la humanidad, va encaminada, a pesar de saltos deplorables y de trágicos retrocesos, al bien y al progreso moral de la especie humana. No desconfiemos de ello; no caigamos en la desesperanza. Laboremos como si laboráramos para la eternidad. Pequeño o grande, nuestro esfuerzo no ha de perderse en la ruta que el hombre sigue a lo largo de los siglos...

Así interpretamos nosotros la filosofía de Giner; otros la interpretarán de otro modo. Señal de fecundidad es éste prestarse a la varia exégesis un pensamiento. Pensamiento que ha ido extendiéndose, como hálito luminoso, por la política, la literatura, y el arte de España. En 1898 se revela en España una pujante generación de escritores (Maeztu, Baroja, Bueno, Valle Inclán, Benavente, etc.). ¿De qué manera, sino gracias a la Institución Libre, ha podido alentar ese grupo de literatos y artistas nuevos? De esos escritores, unos influyen en el periodismo y lo renuevan (ahora ya es imposible el artículo brillante, sin ideas); otros marcan una nueva etapa en el teatro; la novela es también revolucionada por ellos. España comienza a ser sentida mejor, más íntimamente que hace 40 años. Se comprenden como jamás se han comprendido el paisaje y las viejas ciudades. Un discípulo de la Institución Libre —Ramón Menéndez Pidal— ha hecho dar un nuevo paso a la erudición y la crítica literarias. A la tendencia un poco vaga y oratoria de Menéndez Pelayo (aunque siempre admirable) ha sucedido una modalidad más científica, más objetiva, más precisa. Selectos y brillantes ingenios cultivadores de la historia, la filología y la tradición son los que se agrupan en torno a Menéndez Pidal, los del citado Centro de estudios históricos.

¿Qué más se podrá hacer por la cultura y el esplendor de un país que lo que ha hecho este hombre, auxiliado por otros beneméritos campeones? ¿Ni qué vida podrá ser más digna, noble y elevada? El primer volumen de las obras completas de Giner, que ahora acaba de publicarse, lo constituyen los conocidos *Principios de derecho natural*, dado a luz en 1871. En sucesivos volúmenes se publicarán los demás trabajos del maestro, correspondientes a filosofía, sociología, enseñanza, arte, literatura. Los editores anuncian también un tomo de correspondencia, que promete ser exquisito, a juzgar por algunas cartas que en revistas diversas han sido ya publicadas. Una nota, al final del volumen nos advierte que «estas obras completas» se editan por los discípulos y devotos del maestro, que han constituido la «Fundación D. Francisco Giner de los Ríos», y el producto íntegro de la venta se destina a los fines de la «Fundación». ¡Hasta en esto había de ser simpática, henchida de amor la memoria del querido, inolvidable maestro, luminoso espíritu!

[1920]¹

IN MEMORIAM

UNA CARTA DE D. FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

por Azorín

Al escribir estas líneas —en las primeras horas de una mañana de primavera— veo con los ojos del espíritu una lucecita en la noche: el cuadro luminoso de una ventana, en el silencio y en la soledad de la madrugada. Alguien vela, alguien trabaja, alguien sufre, alguien medita en esa estancia. En esa estancia hay un hombre leyendo un libro; ese hombre es el más bondadoso, el más tolerante, el más humano y comprensivo de la España contemporánea. Su espíritu, como esa lucecita en la noche, irradia en la noche de España. ¿Es en la madrugada cuando se produce esa irradiación? ¿Está cerca el día?

Ese día, esa luz de un nuevo sol, lo deseamos todos para España. Para España y para la Humanidad. D. Francisco Giner —de él se trata en estas líneas—, habrá laborado, callada y suavemente, más que nadie por un nuevo estado social. ¡Cuánta bondad y cuánta indulgencia en su corazón! ¡Lo examinaba todo y lo comprendía todo! Amaba la Naturaleza y los libros. Y esta tan luminosa y viva inteligencia apenas deja una obra escrita. Su obra ha sido viva y humana. Lo examinaba atentamente todo. Cada libro que yo publicaba me valía una carta del maestro. Copio a continuación la que, a raíz de publicarse este volumen, me escribió; está fechada así: «Domingo, 24-III-12». Cuando el lector la haya acabado comprenderá lo de la lucecita en la noche.

Gracias mil, amigo mío, por sus Lecturas Españolas. Anoche llegaron a mis manos, y, aunque conocía ya algunos de sus admirables artículos, ésta fué una razón más para releerlos con los otros; y esta madrugada lo concluí todo, con la honda sensación espiritual que da siempre esa penetrante, suave y cruel compenetración de las cosas. ¿Por qué no haber recogido en el Epílogo las excelentes cosas que ha sembrado usted en sus episodios contra el trágico amor a la «grandeza» exterior, a expensas de la más íntima miseria en las cosas del alma como en las del cuerpo, que desde los Reyes Católicos nos viene hundiendo hasta el abismo de estupidez desalmada de Marruecos?

En el siglo XVI, un gran poeta francés, Francisco Malherbe, hablando en una de sus cartas de los españoles, enfrascados en guerras de dominación mundial, decía: «Je conseille à ces pauvres gents que s'ils prétendent à la Monarchie universelle, comme on leur veut faire accroire, ou qu'ils aillent plus viste en besogne, ou qu'ils voyent d'obtenir un sursoy de la fin du monde, pour achever leur dessein plus à leur aise». (*Les lettres de M. François de Malherbe*, pág. 234 de la edición de 1645, París). Desde los Reyes Católicos, como dice Giner, España se ha venido despeñando hasta las lamentables empresas del presente. Pero la hora final de los imperialismos y de las colonizaciones militares ha sonado en el mundo. La civilización debe ser esparcida en los pueblos retardatarios con médicos y maestros de escuela. Nadie en el planeta tiene derecho a dominar a nadie. Antaño, Malherbe

¹ En B.I.L.E. (Madrid), 44 (1920, 383-4; AZORÍN, OC., X: *Lecturas españolas*.

podía decirles con suprema ironía a los españoles que pidieran, para tener tiempo de realizar sus locuras, una prórroga del fin del mundo. Con la misma ironía — ¡mezclada a tantas lágrimas!— ha podido decirse lo mismo a los alemanes de estos tiempos. No bastaría la prórroga en la vida del planeta, prórroga indefinida, para realizar el ensueño imperialista de un pueblo loco. La Humanidad tiene ya conciencia de que el supremo ideal es otro. La guerra no fortifica a las naciones. La guerra no impulsa al progreso. La lucha, tenaz y perseverante, ha de ser, no de hombre a hombre, no de pueblo a pueblo, sino con la Naturaleza, para domeñarla y arrancarla sus secretos. Hace tres siglos, cuando se hablaba de «gloria», se entendía la guerrera; no había otra; ni las inteligencias más claras, ni las más humanas —un Montaigne, un Cervantes—, comprendían otra. Hoy, la «gloria», es la ciencia. Y todavía esa palabra «gloria» tiene algo de enfático, de rimbombante, de oficial, que repugna a una sensibilidad moderna. Repugna aplicada a un Pasteur, a un Giner, a un Flaubert, a hombres que, cada cual en su esfera, han trabajado en el silencio, lejos del tráfago mundado, callados...

[1922, IV-30]¹

IN MEMORIAM

DON FRANCISCO GINER

por Azorín

Al acometer la organización y reorganización de la enseñanza, se debe principiar en todo país por crear organismos superiores de cultura. En España, de 40 años a la fecha, la iniciativa particular ha ido supliendo lo que el Estado no hiciera. Llamamos la atención también sobre este punto de los buenos españoles que residen en América. Amar a la patria española es interesarse por estas instituciones de que vamos a hablar. Hace unos 40 años, un español benemérito, un santo laico, el gran D. Francisco Giner y otros españoles patriotas, fundaron la Institución Libre de Enseñanza. La Institución Libre era —y sigue siendo— un instituto pedagógico que traía a la vida española un espíritu de amor, de meticulosidad, de fervor, de observación y de independencia, que eran, por lo menos, modernamente, una gratísima novedad entre nosotros. La Institución llegó a ser el espíritu de Giner. La Institución formó una generación de catedráticos y de escritores. Lo que fue un foco reducido de cultura se ha ido poco a poco ampliando. El Espíritu de Giner se ha desparramado por España. Y ha entrado también en las esferas oficiales. Como hijuelas y derivaciones de la Institución podemos considerar la Junta para ampliación de estudios, el Centro de Estudios Históricos —dirigido por Menéndez Pidal— y la Residencia de Estudiantes. En esta enumeración está comprendida la nueva fecunda y bienhechora España pedagógica. Lo que debemos ansiar vehementemente, con todo nuestro corazón, los españoles, estemos dentro o fuera de España, es el perfeccionamiento y la ampliación de los institutos que quedan enumerados.

Gracias al espíritu que en ellos se va formando, existen en España muchas cosas humanas y europeas que sin ellos no existirían. Del Centro de Estudios Históricos, por ejemplo, ha salido una generación de eruditos y filólogos que han reeditado nuestros clásicos en ediciones nacionales, auténticas, primorosas. España, gracias a esos infatigables y escrupulosos investigadores, ha podido conocer fielmente todo el tesoro admirable de su antigua literatura.

¿Se percatan los Gobiernos españoles de lo que representan en la vida nacional ese movimiento de trabajo y educación libre y escrupulosa? Acaso, no. La ceguera de los hombres políticos llega hasta ese extremo. Desde luego, ni las Cortes ni los ministros se preocupan de dotar con medios económicos más amplios esos organismos citados; el trabajo, cada vez mayor, que en ellos se realiza exige un presupuesto más amplio. Pero es que se ha intentado también reducir los medios económicos que el Estado da a esos centros de producción intelectual. Afortunadamente, el intento ha fracasado hasta ahora. ¿Creerán lo que decimos los buenos españoles de la Argentina, entre los cuales los hay que sienten por los institutos de que hablamos una vivísima simpatía?

No desconfiemos al pensar en España. Confiemos en este núcleo de trabajadores inteligentes y abnegados; ellos constituyen la levadura espiritual de una nueva patria. Pongan los ojos del espíritu en esa patria los españoles que viven lejos de España.

¹ En: *La Prensa* (Buenos Aires), 30-IV-1922; en: B.I.L.E. (Madrid), 46 (1922), 255-6.

[1930, I]¹PEDAGOGÍA ESPAÑOLA
por Azorín

De cuando en cuando llega hasta mi mesa de trabajo una de las publicaciones del Museo Pedagógico de Madrid. Institución benemérita esta del Museo Pedagógico; institución que lentamente, incansablemente, va realizando su fecunda labor. Los hombres que han dado vida a este instituto son los mismos de la Institución Libre de Enseñanza; la inspiración es la misma nobilísima inspiración. La obra que el Museo acaba de publicar lleva el título de *Programas escolares y planes de enseñanza de Alemania y Austria*; su autor es Lorenzo Luzuriaga², autoridad en la ciencia pedagógica. La última publicación del Museo Pedagógico nos invita a hacer algunas reflexiones sobre la enseñanza en España. No conocemos ninguna historia de la pedagogía española; se han escrito, sí, libros sobre la historia de las instituciones superiores de cultura; pero lo que nosotros deseáramos es una historia breve, sucinta, exacta, de las ideas y prácticas de la primera enseñanza en nuestra patria. Gil de Zárate y D. Vicente de la Fuente, por ejemplo, han historiado las Universidades de España. Pero ¿quién ha escrito la historia de las escuelas primarias, y sobre todo —y esto es lo que pedimos nosotros—, sobre todo, los métodos de los maestros españoles, a lo largo de cuatro o seis siglos? El lector seguramente habrá oído hablar de la dureza española, de nuestra crueldad, de nuestra intolerancia. Y si se hiciera la historia que deseamos, vería con extrañeza este buen lector que en los métodos pedagógicos españoles —y esto es esencial en un país— no aparecen tales crueldades, ni tal fantástica dureza, antes al contrario, una dulzura, una flexibilidad, una tolerancia, que hacen del maestro de escuela, no un déspota —y eso sería lo lógico—, sino un amigo solícito y cariñoso del niño. Digo que sería lo lógico el que el maestro fuera un tirano, dada la concepción falsa y ofensiva que algunos extranjeros tienen de España. Pero las pruebas de lo contrario abundan; y ésta de los métodos pedagógicos es concluyente. Si tenemos tiempo, al final de esta crónica citaremos algunos de esos libritos antiguos, tan simpáticos.

El Museo Pedagógico procede de la Institución Libre de Enseñanza; la Institución es el centro más autorizado de la pedagogía civil en España. Para crearla, se formó una Sociedad por acciones; en Junta general de accionistas, celebrada el 30 de mayo de 1877, se aprobaron definitivamente los estatutos de la Institución; estos estatutos estaban autorizados por Real orden de 16 de agosto de 1876. El artículo 15 de los estatutos dice así: «La Institución Libre de Enseñanza es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; reclamando tan sólo el principio de la libertad o inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquier otra autoridad que la de la propia conciencia del profesor, único responsable de sus doctrinas». En estas líneas está encerrado todo el espíritu del famoso

¹ En *La Prensa* (Buenos Aires), 1-1930; en: B.I.L.E. (Madrid), 54 (1936, 89-92).

² *Programas escolares y planes de enseñanza de Alemania y Austria*. Madrid, Museo Pedagógico Nacional, J. Cosano, 1929, 162 pp.

instituto. El más autorizado núcleo de pedagogía civil ha sido y continúa siendo esta institución nobilísima. Alma de este instituto fue don Francisco Giner, y lo es al presente don Manuel B. Cossío. Hombres salidos de la Institución o educados en el magnánimo espíritu de Giner se han desparramado por España y han dado aliento a organismos de cultura que han hecho adelantar grandemente a España. Pero hemos de añadir que la pedagogía laica hoy, en España, no cuenta con los centros con que cuenta la enseñanza religiosa. Lógicamente, parece que, dado el brillante y fecundo éxito de la Institución Libre de Enseñanza, debieron sus fundadores extenderla a toda la nación. La tarea no hubiera sido difícil; desde 1876, los hombres del liberalismo que la fundaron o los liberales que han simpatizado con ella han ocupado muchas veces el Poder; D. Segismundo Moret, uno de ellos. Debieron ser fundadas filiales de la Institución, por lo menos, en Barcelona, en Valencia, en Sevilla, en Valladolid, en Coruña. No se hizo así, y hoy la realidad innegable es que las Ordenes religiosas son las únicas que poseen colegios verdaderamente magníficos y fecundos. Colegios de jesuitas, de escolapios, de hermanos de la doctrina cristiana, de corazonistas. Poseen estas congregaciones medios económicos de que no disponen los laicos; pero, además, hay algo que da superioridad evidente, incontestable, a los colegios religiosos sobre los civiles. Ese algo, precisamente, es lo que hizo que la Institución Libre ha sido a manera de un convento; tenían todos sus miembros algo de religiosos; D. Francisco Giner, singularmente, diríase que fue un frailecito franciscano, todo entregado, día y noche, a su labor. Por donde tenemos que, si la Institución Libre ha sido eficaz, se debe a las propias condiciones y circunstancias que hacen eficaces y fecundos los colegios religiosos. Todos los principales maestros de la Institución, principiando por D. Francisco, procuraban a toda costa la continuidad en la labor. Don Francisco, es sabido que vivía en la misma casa de la Institución, como un jesuita o un escolapio viven en sus conventos. He citado en alguna otra crónica el precioso *Manual del Seminarista*, escrito por el cardenal Monescillo; en este libro podrá encontrar el lector la razón suprema del triunfo de la Institución Libre y de la ventaja que los colegios religiosos llevan indiscutiblemente a los laicos en España. Dice el autor, después de lamentar la desaparición de los colegios de la Compañía de Jesús —el libro es de 1848—: «Por celosos, entendidos y discretos que sean los profesores de dichos establecimientos (los laicos), no pueden dar a los estudios aquel impulso de unidad, de perpetuidad, de orden y de moralidad que una sociedad religiosa les prestaba. El profesorado de las corporaciones destinadas a la enseñanza tiene un solo espíritu; sus individuos son émulos unos de otros en la emulación santa de instruir y de perfeccionar la enseñanza; se observan, se vigilan, aprenden, conversan entre sí y de sus mutuas experiencias y revelaciones, forman un inmenso caudal de útiles recursos para la instrucción de la juventud. Aquí no prevalece la opinión privada, ni se ensaya un sistema, una teoría, un plan cualquiera, hasta después de calculadas sus ventajas». Parece que el cardenal está haciendo el retrato de la Institución Libre de Enseñanza, al hacer el de los colegios de las congregaciones. Y añade Monescillo: «Por otra parte, los profesores de institutos (habla ahora de los institutos del Estado) son de sus familias, pertenecen a la sociedad, tienen repartida su atención en diversos negocios, y esta consideración pesa mucho en la balanza de la instrucción, cuyo desempeño requiere asiduidad, constancia, trabajo ímprobo, y la consagración de la vida entera del hombre». El último rasgo de este retrato pintado por el sutil cardenal cuadra por entero

a la Institución Libre de Enseñanza; esa perpetuidad de que habla Monescillo, esa consagración de la vida entera a la labor educativa, la han tenido Giner, el cenobita, y sus colaboradores; la tienen los religiosos que se dedican a la enseñanza, y por tal causa, el caso de la Institución es único, y la superioridad de los colegios religiosos, al presente y en España, sobre los laicos es ostensible e innegable.

Hace falta en nuestro país una historia de los métodos pedagógicos. No se trata de los anales de los hombres e ideas que han sobresalido en la enseñanza, sino de aquella labor callada y vulgar, que es la que realmente ha influido en la marcha de España. ¿Qué métodos se han preconizado en los libros elementales de Pedagogía? ¿Cuáles son esos libros? En esta historia tendrían también las Ordenes religiosas un lugar importante. Muchos libros existen, escritos por jesuitas y escolapios, en que se exponen doctrinas pedagógicas. Por ejemplo, uno de estos libros es el del jesuita padre Luis de Mercado y lleva el título de «Práctica de los ministerios eclesiásticos» (Sevilla, 1676). La parte destinada en este libro al «magisterio de los estudios menores» —adiestramiento de párvulos— es de una finura, de una delicadeza extraordinarias; no creemos que en ningún tratado de pedagogía moderno pueda darse más finura y más penetración. ¿Y quién conoce la obra titulada «Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres», que se publica en el siglo siguiente, en 1790, y de que es autor una mujer, doña Josefa Amar y Borbón?³ Libro fino, sutil, en que por cierto hay una cosa rara para la época: una defensa y justificación de Baltasar Gracián. Libro en que la autora, que conoce perfectamente el griego, hace citas curiosas en esa lengua, y en que se muestra como una perfecta humanista.

Y en la centuria siguiente, en 1816, ¿no se publica también un librito elemental, que es una verdadera y pequeña joya? Joya por el estilo y por la doctrina que contiene. Aludo al *Catón Español Cristiano*, de D. Pedro Alonso Rodríguez. Pocas cosas hemos leído tan delicadas y tiernas como las páginas que en esta obrita se dedican al asunto de las correcciones que, a veces, es preciso imponer a los niños. Precisamente éste es un tema que toca también el padre Mercado, y a esto aludíamos principalmente al hablar, al comienzo de esta crónica, de la supuesta crueldad española. ¿Crueldad española? Ya quisiéramos nosotros que se nos mostrara en algún gran pedagogo extranjero, en alguno de esos grandes maestros de tierras extrañas, páginas más sutiles y tiernas que las escritas por éstos ignorados, desconocidos maestros españoles; páginas como las que el autor del *Catón Español* escribe en su librito.

Se están haciendo tratados sobre la ciencia en España; se historia también el arte; se realizan las más diversas investigaciones para que luzca lo que España ha hecho por la civilización europea. Falta y debe ser escrita una historia de los métodos de enseñanza elemental. Es decir, de cómo en España ha sido educado el pueblo. Y cuando se haga esa historia, se dará otro terrible y decisivo golpe a la estúpida leyenda de nuestra crueldad.

³ Josefa Amar y Borbón nació en Zaragoza, 1749; su padre, José Amar y Arguedas, fue médico y catedrático de anatomía. Hay una edición moderna del texto de Josefa, hecha por M.^a Victoria López-Cardon, Madrid, Instituto de la Mujer, 1994, 270 pp.

[1931, I-22]¹

GENERACIONES

por Azorín

Una hebra de sol entra hasta la máquina de escribir; recordemos a D. Francisco Pí y Margall; hasta su mesa de trabajo descendía un rayo de sol. El cielo está azul, de un azul radiante, en esta primera hora de la mañana; recordemos a D. Emilio Castelar: el azul espléndido de Madrid le entusiasmaba. En un discurso pronunciado en el Congreso, el 15 de julio de 1876, decía Castelar, hablando de aquella generación: «Esta generación es una generación radical, democrática, avanzada; pero no es una generación revolucionaria. El estado político de las generaciones se deriva inmediatamente de su estado mental. Y nuestra filosofía admite la serie, y nuestra lógica el proceso de las ideas, y nuestras ciencias naturales la metamorfosis, y nuestras ciencias geológicas la evolución, y nuestras ciencias históricas el progreso gradual, y nuestras ciencias políticas las reformas que cuentan con el tiempo y toman la grandeza del tiempo». Añadía a seguida el orador: «Pero tenedlo entendido: nada es tan contrario a la revolución material como la política que conserva las conquistas revolucionarias, nada tan favorable como la política de reacción» ¿Y cuáles son las conquistas revolucionarias que es preciso conservar para evitar la revolución? El orador nos lo dice: Conservar la soberanía nacional, la libertad de imprenta, el Jurado, el sufragio universal, es tanto como conservar la paz; porque esta generación no se lanzará a las revoluciones sino el día en que pierda la esperanza de salvar todos sus derechos». La declaración es terminante. ¿Había dejado de ser republicano Castelar cuando pronunciaba estas palabras? Estas palabras no implican un cambio en las ideas del orador; van dirigidas a los monárquicos; se comprende en ellas la totalidad de la sociedad española. El programa republicano de Castelar subsistía. Veamos cuál era; abramos el magnífico volumen de su correspondencia con D. Adolfo Calzado, monumento de prosa castellana. En ese mismo año de 1876, en agosto, al mes siguiente de pronunciar el discurso de que hemos copiado unas palabras, Castelar escribía: «Y cuando estemos en el Poder, nada de dictaduras, nada de palo, nada de reformas diarias, que por su vaguedad y por su indeterminación nos pierden; Código fundamental del 69, con sus leyes orgánicas; República conservadora; política de armonía y de conciliación, consagrando nuestras fuerzas a estas tres cosas: a tener Hacienda, Administración y Enseñanza pública. He aquí todo mi programa». Note el lector lo de «nada de dictaduras»; en uno de mis escritos de *El Sol* he citado un artículo de Pí y Margall, en «El Nuevo Régimen», en que lamentaba que en la pasada República no hubiera habido «una pasajera Dictadura». Un mes más tarde, en setiembre, Castelar vuelve a hablar de su programa, e introduce en él una ligera variante, como va a ver el lector. «Constitución del 69 —escribe— con el complemento que le dio el partido radical en las Cortes de 1873, el 11 de febrero. Leyes orgánicas correspondientes, ensayadas con lealtad. Una Presidencia fuerte, por siete años, ayudada de dos Cámaras, libremente elegidas. Consagración de la actividad política a resolver el problema de la Hacienda, de la Administración, de las Colonias y

¹ En *El Sol* (Madrid), 22-I-1931; en: B.I.L.E. (Madrid), 55 (1931), 18-20.

de la Enseñanza». La variante de que hablábamos está en lo de la Presidencia fuerte». Castelar recordaba, sin duda, al desear fortaleza y autoridad en la Presidencia, las antiguas laxitudes de la República.

La generación de que ha hablado el orador es, según éste, democrática. Nuestro Diccionario de la Academia define el vocablo «generación» un tanto sumariamente; una generación es el padre; otra, el hijo; otra, el nieto. Pero, social y psicológicamente, según Littré y según el *Vocabulario filosófico*, de Lalande, una generación la constituye un período de 30 años. Castelar nos acaba de declarar que la generación de 1876 era demócrata, pero no revolucionaria. Todavía no se ha hecho la historia del vocabulario político español a lo largo del siglo XIX; cuando se haga, se habrá hecho la historia total de las ideas políticas. La palabra democracia, a mediados de la pasada centuria, era sinónima de República; ser demócrata era ser republicano; la propaganda de las ideas republicanas estaba vedada; no se podía pronunciar el vocablo republicano; se recurría, por lo tanto, al término democracia. En 1854 publica D. Francisco Pí y Margall su obra *La reacción y la revolución*; no se llegó a publicar de este libro sino el primer tomo y una entrega del segundo; prohibió la autoridad su continuación. Pí quiso continuarlo por medio de conferencias que daba en su casa; vivía entonces D. Francisco, según vemos en las cubiertas de las entregas, en la calle del Desengaño, números 9, 11 y 13, piso cuarto. Al principio, acudió poco público a las conferencias; mas luego, poco a poco, se fue llenando el local, hasta el punto de que la concurrencia se estacionaba en la escalera. Y en las conferencias fueron suprimidas también. En *La reacción y la revolución*, en el extenso prólogo, que es una soberbia pintura de la revolución de 1854, Pí dice que sus amigos los demócratas, que entraron a formar parte de la Junta revolucionaria, faltaron a sus deberes. «Como demócratas —escribe— no pueden aceptar otra forma de gobierno que la republicana». Consintieron, sin embargo, otra cosa. «Como demócratas —añade— habían de comprender mejor que los demás el verdadero sentido de la palabra revolución, y saber que pasado y revolución se excluyen». Hemos querido citar estas últimas palabras del autor por lo que luego se verá. En 1876, cuando hablaba Castelar, la palabra democracia había perdido ya su sinonimia republicana. Se estaba dentro de la Monarquía restaurada siendo demócrata. Y en ese mismo año ocurre un hecho de la mayor trascendencia en la historia de la cultura española: se funda la Institución Libre de Enseñanza. Los estatutos de esta Sociedad son autorizados por Real orden de 16 de agosto de 1876; en 1877, el 30 de mayo, la Junta general de accionistas los aprueba definitivamente. El artículo 15 de esos estatutos nos dice que «la Institución Libre de Enseñanza es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político, proclamado tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquier otra autoridad que la de la propia conciencia del profesor, único responsable de sus doctrinas». Retengamos, de la declaración, el hecho del apartamiento de toda política. En la Junta directiva de la Institución encontramos, en cuanto a personalidades políticas, a Figuerola, Gasset y Artime, Azcárate, Eduardo Chao; en la Junta facultativa vemos los nombres de Montero Ríos, Costa, Giner, Labra, Moret. ¿Cuál es el espíritu de la Institución Libre de Enseñanza? ¿Cómo podremos definir su influencia? Ante la realidad adversa, no nos insurreccionemos contra ella; no la rechazemos de plano y violentamente. Tratemos de infiltrarnos en ella con pacien-

cia, con perseverancia, con amor. La realidad no nos es favorable; no es propicia al progreso, a la justicia, a la tolerancia; pero nosotros, en vez de rechazarla ruda-mente, vamos a procurar modificarla, trasformarla. El trabajo será lento, pesado, arduo, pero perseveramos en él; no desmayaremos; tenemos fe en el estudio, en la reflexión en el fervor con que se hagan las cosas. Y se abre en España un período espléndido de estudio, de meditación, de observación de la realidad circundante: de la Historia y del paisaje. La Historia comienza a ser revisada; el paisaje comienza a ser creado. Dos grandes nombres dominan en este período de la Historia de España: el de D. Francisco Giner y el de D. Joaquín Costa. Se ha llamado a Costa «el gran fracasado». ¿Quién conoce a D. Eusebio Bardají, a D. Francisco Heredia, a D. Bernardino Velasco, a D. Evaristo Pérez de Castro, a D. Antonio González, a D. Valentín Ferraz, a D. Modesto Cortázar, a D. Vicente Sancho? Pues todos estos señores fueron presidentes del Consejo desde el 18 de agosto de 1837, en que fue nombrado el primero, hasta el 16 de setiembre de 1840, en que dimitió el último. Ninguno de estos señores ha sido un fracasado; no se puede aspirar a más en un país monárquico que a ocupar la Presidencia del Consejo. D. Joaquín Costa no fue ni presidente del Consejo, ni ministro, ni embajador, ni senador vitalicio, ni, aunque fue elegido diputado, quiso tomar posesión del cargo. Su fracaso es evidente; pero ¡qué enorme eficiencia la suya en la vida nacional! ¡Qué fecundidad en la marcha y desenvolvimiento de la sociedad española! A Giner y a Costa se debe modernamente todo el progreso espiritual de España. Y la generación llamada de 1898 está marcada con el signo de Costa y de Giner. La generación de que hablaba Castelar no era revolucionaria, según el orador; era una generación de estudio, de observación de la realidad nacional; el hecho capital de esa generación es la fundación de la Institución Libre de Enseñanza, matriz de otros centros culturales que han sido fundados más tarde. La generación de 1898 continúa acercándose a la realidad española; estudia la Historia y observa el paisaje; es una generación, no de acción, sino de estudio. Trata, no de accionar, sino de comprender. Y después, pasada la conmoción de la gran guerra, entra en liza una nueva generación. Y como todo es ritmo en el universo, esa generación ya no es de penetración con la realidad —que estaba ya precedentemente estudiada—, sino de acción. «Revolución y pasado se excluyen», decía Pí y Margall. Nos limitamos ahora a la pura estética; no salimos del campo de la literatura. La nueva generación de escritores, de acuerdo con esas palabras, hace tabla rasa de lo pasado y se encara con lo porvenir. El mundo es de la juventud; si los viejos desean tener todavía alguna eficacia, al paso marcado por la juventud han de acomodarse. Y será inútil todo lo que se haga por evitar esta nueva fase de la Historia, que tiene toda la inflexibilidad de una ley física.